

Discurso de recepción del nuevo académico de número Rafael Emilio Yunen Zouain*

Roberto Cassá Bernaldo de Quirós* *

Licenciado José Chez Checo
Presidente de la Academia Dominicana de la Historia
Señores académicos de número.
Señoras y señores.

Me siento honrado sobremanera porque Rafael Emilio Yunén me haya propuesto para responder el discurso que acabamos de escuchar, con el que queda incorporado dentro de la matrícula de miembros de número de la Academia Dominicana de la Historia.

Nuestro nuevo colega de Academia es un brillante investigador que ha contribuido decisivamente a la gestación de conocimientos en las últimas generaciones de intelectuales dominicanos. Rafael Emilio Yunén ha sido un pilar de la recomposición de las miradas acerca del territorio dominicano desde una perspectiva metodológica crítica que, entre otros ingredientes, ha comportado el de la dimensión histórico-social.

Entiendo su invitación, por otra parte, como una distinción producto de la amistad que sostenemos desde hace años. Mi gratitud se perfila por las dotes morales que admiro en la honradez de sus elaboraciones académicas y en el desenvolvimiento de su vida. Y, por último, me motiva la calidad de este discurso, llamado a ser un peldaño de la reflexión colectiva a que estamos abocados los

* Pronunciado en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia, la noche del 25 de julio de 2005.

** Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



historiadores dominicanos acerca del sentido de nuestro trabajo en las circunstancias del presente.

Rafael Emilio Yunén todavía me hace un nuevo honor cuando su discurso parte de una glosa de observaciones hechas por mí acerca de la encrucijada en que está situada la historiografía crítica dominicana en la actualidad. Al postular la conclusión de que se ha producido un vacío de problemáticas articuladoras en la investigación histórica contemporánea, él se dirige a la exploración de posibilidades de recomposición de las mismas por medio de nuevos sentidos. De ahí que formule un bloque de preguntas con el fin de orientar la determinación de los problemas intelectuales que en el momento pueden insertarse en la conformación de una práctica historiográfica renovada.

La innovación, para Yunén, constituye un reto ineludible que enfrentan los historiadores en su práctica cotidiana, magnificado por la indicada pérdida de problemáticas articuladoras y de sentidos. Es, por ende, un imperativo, tanto por razones epistemológicas como por la utilidad social de la producción historiográfica. Refiere lo primero, a la diversidad de estrategias posibles para acercarse al objeto único de la historia, la intelección de los conglomerados humanos en su dinámica. Y sustenta lo segundo, en la convicción de que la práctica historiográfica no debe ser fundamentalmente visualizada como un resultado, sino, más bien, como un instrumento al servicio de agendas transformativas.

En ambos puntos Yunén se sustenta en la exigencia de que la historiografía social y crítica, surgida en el país después de la muerte de Trujillo, se ponga a la altura de los desafíos que presentan los contornos novedosos de la realidad social en múltiples vertientes. En caso de que esa exigencia no se satisfaga, visualiza el peligro de que se profundice la banalización de sentidos que conduzca a revisionismos históricos contraproducentes y antidemocráticos.

Dos áreas principales se derivan de la exploración de contenidos potencialmente relevantes en la investigación histórica a partir del peso que han cobrado en las preocupaciones de determinados conglomerados sociales en el presente. La primera, es la función de la estructura cultural e ideológica, y la segunda, el del rol del territorio. Rafael Emilio hace confluir ambos problemas en la búsqueda de claves articuladoras novedosas en la práctica del conglomerado nacional. De tal manera, que lo que entiendo que se encuentra centralmente en juego en este discurso radica en la exigencia de que la historia desempeñe una función constructiva para *“responder a las inquietudes culturales de los jóvenes de hoy con un nuevo instrumental metodológico de historia crítica, orientado a conectar lo pasado con la realidad actual.”*

A tal respecto, presenta un llamado a la imbricación del trabajo de investigación con el compromiso social tendente a contribuir a proveer recursos para la acción. Se pregunta, por ello, acerca del destino de la producción historiográfica y su eventual capacidad para la comprensión del presente y la gestación de propuestas hacia el futuro. Tal tipo de exigencias quedan insertas en los diseños metodológicos que implican la conexión del sujeto historiador con sujetos sociales, por medio de la observación participante, el binomio investigación-acción, la construcción colectiva de la cultura y fórmulas expositivas alternativas acordes con tales dimensiones.

El sentido pragmático de la propuesta de Yunén está sustentado en la perspectiva metodológica de que el objeto del conocimiento debe ser invariablemente considerado como complejo y cambiante. La realidad social no se presenta evidente en muchos componentes, al tiempo que permanentemente resulte preciso adaptar el conocimiento a sus derroteros. Por consiguiente, la aprehensión de un objeto comporta resolver complejidades derivadas de una constante ontológica y del compromiso moral e intelectual de



responder pragmáticamente a la originalidad de los contornos históricos. En consecuencia, se lee que cada momento y cada tarea requieren de una formulación problemática, que comporta categorías, marcos teóricos, estrategias de abordaje y contenidos pragmáticos.

Basado en autores latinoamericanos, concluye con que el trinomio de cultura, ambiente y desarrollo puede pautar los contenidos y sentidos de la investigación histórica del presente. Los dos primeros están conectados con las tareas de fortalecer nuevos elementos de las identidades colectivas, mientras el tercero se conecta con la acción de los grupos humanos alrededor de tareas transformativas, la promoción colectiva y la articulación con las políticas públicas.

La solución, analítica y pragmática, de tal trinomio Yunén la encuentra en la estrategia de focalización de lo local. Diversas dimensiones se derivan de las reflexiones metodológicas que acabamos de escuchar. Por una parte, lo local permite proveer una respuesta epistemológica a la labor historiográfica, como medio de articulación del medio geográfico con la especificidad de la cultura. De esa manera, la producción historiográfica se encontraría en República Dominicana en condiciones de atender a la complejidad inherente a los procesos sociales. En otro orden, permitiría una conexión con una pragmática transformativa, por cuanto los sujetos se encontrarían en condiciones de apreciar en mejores condiciones su entorno histórico y conectarlo con determinaciones más vastas objeto de la disquisición historiográfica. Por último, lo local permite la inserción de los sujetos sociales en prácticas de promoción colectiva, que incluyen la inserción en políticas de desarrollo.

Todos esos puntos confluyen en el requerimiento de sustentar intelectualmente la vigencia de un nuevo nacionalismo. Visualizo que la categoría, que puede ser objeto de recusación, se utiliza lúcidamente por constituirse en la contrapartida de la globalización como nota



dominante del mundo contemporáneo. A primera vista parecería que, en el contexto de la globalización, el privilegio del conocimiento histórico en lo local constituye un despropósito. Pero, precisamente, ahí estriba una clave de la sustancia que Yunén presenta para una acción historiográfica que persiga contribuir a la promoción del pueblo. Constituye, a su juicio, un recurso crucial para el desarrollo de las identidades colectivas y el ejercicio de la ciudadanía por medio de una participación creativa y responsable. Infiero que se deriva una función de resistencia cultural anclada en la realidad visible para los sujetos en sus horizontes intelectivos inmediatos y los espacios de su acción social.

En función de lo anterior, entiendo el privilegio de la cultura y lo local, en tanto que vectores claves de la gestación activa de identidades, como una actualización dialéctica de los requerimientos de la historiografía crítica y no una negación de sus preceptos teóricos y metodológicos. Con la convocatoria a estos estudios, y a diferencia de las aproximaciones postmodernas, Yunén no niega la intelección de la totalidad social en que se insertan los ámbitos de la cultura y de lo local. Explícitamente lo afirma, en cuanto a lo local, al indicar que está inserto en lo global, de lo que se desprende que solo ponderándolo de tal manera se toma inteligible. Interpreto que afirma que en tales planos deben confluír las síntesis históricas de hoy, por ser medios de conexión con inquietudes palpitantes de los sujetos y, por consecuencia, constituir el mecanismo articulador de una pragmática posible que se resume en el componente del desarrollo.

Desde luego, Yunén reconoce la pluralidad de estrategias cognoscitivas, puesto que se compagina con la tendencia a la ampliación del espectro de los sujetos como nota de la complejidad del presente. Contrariamente a cualesquiera esterilidades dogmáticas, subyace la ampliación sistemática de los campos temáticos y metodológicos de la historicidad. Tal reconocimiento,



por consiguiente, constituye un requisito estratégico para la profundización adecuada de los contornos específicos del presente y la aplicación fructífera de tal conocimiento. En tal orden, la diversidad metodológica válida se da a condición de que quede equiparada a la acción de los sujetos sociales. Por ende, el cuestionamiento de todo dogmatismo no lo conduce a un relativismo derivado de la negación de relación entre sujeto y objeto.

La convocatoria del nuevo nacionalismo que pauta el discurso crítico de Yunén mantiene así un asidero en la realidad social. Constata que la tónica de nuestros días ha tendido a colocar en primer término los temas y reivindicaciones culturales en los mecanismos de gestación y recomposición de los sujetos. El corolario de la discursiva no es otro que, de cara a los problemas contemporáneos, se abandonen los paradigmas del nacionalismo tradicional. Entre estos destaca la pretensión de la homogeneidad del conglomerado nacional, temática clave del discurso histórico tradicional, sea conservador decimonónico, liberal y despótico trujillista. Contrariamente, por definición, Yunén asevera la heterogeneidad de sujetos que confluyen en un ordenamiento nacional, siempre por una diversidad de determinantes. Acota que en el presente histórico se le ha concedido un grado novedoso a la reivindicación de la especificidad cultural por medio de una demarcación de la etnicidad. Como fenómeno auspicioso, registra la profundización de la diferencia cultural en el marco de lo local como contrapartida acaso paradójica y auspiciosa de la globalización.

Con la propuesta del nuevo nacionalismo, Yunén articula la labor especializada de los historiadores con los contornos del presente para fundamentar una práctica democrática sustentada en la participación de los sujetos sociales y en la convergencia de sus mecanismos de conformación en una propuesta compartida de desarrollo, vista como la clave del nuevo nacionalismo. Pero no



está en juego la democracia únicamente como proceso participativo de la construcción de un orden alternativo, sino no menos como contenido de ese orden. El cuestionamiento de algunos de los componentes culturales del nacionalismo tradicionalista tiene implicaciones precisas para la especificación de lo que en la República Dominicana configura el universo deseable de las reivindicaciones del pueblo.

En estos momentos en que, frente a las contradicciones que exhibe flagrantemente el orden social, se agitan fantasmas ominosos del nacionalismo tradicional, en una vertiente esencialmente autoritaria y antipopular, la reflexión de Yunén está llamada a servir como referente dentro de la formulación de una estrategia de radicalización democrática, en la cual se inserta el universo de los objetivos transformativos dentro de la perspectiva histórica inmediata.

A mi juicio, los fines que han normado los términos del discurso se han logrado a cabalidad. Evidentemente, los problemas ancestrales que agobian a la comunidad dominicana han cobrado nuevos matices, al tiempo que han aparecido otros de igual o mayor gravedad. El panorama presenta situaciones inéditas y remite a propuestas de corte similar. Pero una condición para que no resulten fallidas, como ha acontecido tantas veces, puede residir en estilos y contenidos democráticos que entre otros componentes impliquen la recomposición de la crítica inherente a los intelectuales, su capacidad de penetración en los contornos del presente, su conexión con los universos de la acción social y cultural y su capacidad de sistematizar propuestas de reordenamiento tanto de cuestionamientos del presente como de su superación con propuestas factibles aunque alejadas de toda *realpolitik* sistémica, siempre dirigidas a ganar espacios de reivindicaciones del pueblo.

A tal respecto, encuentro como una de las propuestas más sugerentes de este discurso la exigencia de que, en las condiciones del



presente, toda reflexión crítica sustentada en el conocimiento histórico contribuya al desarrollo positivo de políticas públicas. Tradicionalmente, la acción de los intelectuales ha quedado en la crítica desde afuera. En sentido contrario, la inserción de los intelectuales en instancias estatales ha significado la anulación de su dimensión crítica. Este requerimiento deberá ser objeto de reconocimiento creativo en la interacción entre los intelectuales que desarrollen la vocación crítica y los movimientos sociales, por definición contestatarios respecto al poder.

La propuesta de Yunén, a mi juicio, no proviene de un deseo en abstracto, sino de un reconocimiento de las especificidades del presente dominicano, el cual incluye mayores complejidades en los mecanismos de reproducción del estado. No obstante, con el mantenimiento de determinantes claves del aparato público, como la preponderancia de la corrupción, los sujetos sociales están compelidos a dar pasos hacia delante de la crítica para proponer vías de construcción de realidades nuevas, con la eventualidad de su participación. Como es bien sabido, en la sociedad todavía persiste un cúmulo deficitario fundamental para la articulación de una práctica exitosa de tal índole. Es el caso del reto que comporta la tendencia a la pluralidad étnica en el contexto dominicano presente.

Anteriormente las diferencias se subsumían en propuestas que afirmaban la unidad nacional. Hoy es evidente, como lo postula Yunén, que la unidad del nuevo nacionalismo debe ser producto de la articulación de las diferencias en un discurso activo. Sin duda es mucho más democrático pero también mucho más complejo y difícil. Idéntico problema es aplicable a múltiples otros planos de la acción social contemporánea, que subyacen como componentes ineludibles de un sujeto popular integrado. Pero, precisamente, de todo ello se deriva el acierto de la reflexión articuladora que efectúa Rafael Emilio Yunén entre el panorama histórico y su intelección crítica y transformadora por los historiadores.

